¿Partir de la doctrina o partir de la realidad?

LA DISPUTA POR EL METODO.

Sebastián Mier SI.

Teólogo del CRT.

Uno de los puntos debatidos tanto durante la CELAM de Santo Domingo como en los comentarios al documento que emanó de ella es el que se refiere al método teológico-pastoral. Unos prefieren partir de una definición doctrinal o profesión de fe para desde allí abordar los desafíos y plantear las líneas pastorales. Otros postulan que es indispensable partir de la realidad y seguir los pasos de ver, juzgar y actuar. Yo considero que ambos métodos tomados en sí no son tan opuestos y que las diferencias provienen de la manera de utilizar uno u otro.

Métodos básicamente equivalentes.

Si tomamos en cuenta la observación que muchos han hecho de que el ver, juzgar y actuar no es un método lineal sino circular, y que consecuentemente de la acción hay que volver a observar para efectuar un nuevo juicio que conduzca a una acción más adecuada, notaremos que no hay propiamente un punto exclusivo de partida sino pasos que se exigen mutuamente y que han de irse conjugando en un proceso dialéctico. (Algo muy semejante afirman quienes postulan el círculo hermenéutico.)

Hemos de advertir además que estos pasos (el ver y el juzgar en particular) no únicamente se exigen de manera recíproca sino que se implican a tal punto que no es posible separarlos de modo absoluto. En efecto nuestro ver no tiene un carácter neutro, sino que está siempre profundamente condicionado por nuestra manera de pensar y actuar. "Todo es según el color del cristal con que se mira". Y siempre utilizamos algún "cristal", aunque la mayoría de las veces lo hacemos inconscientemente. Y estamos tan acostumbrados a ello que espontáneamente nos parece que es la manera "natural" de "ver".

Viniendo a nuestra disputa, siempre nos acercamos a la realidad con una doctrina al menos implícita. Siendo así, es mejor que lo hagamos de manera consciente para que sepamos por qué le damos más importancia a tales o cuales hechos o enfoques. A este respecto podemos recordar que las primeras aplicaciones de métodos sociológicos al campo pastoral se preocupaban por hacer encuestas sobre el número de adultos amancebados, de niños sin primera comunión y de infantes sin bautizar. Lo que hace evidente lo centrado en los sacramentos que estaba la teología subyacente a dicha pastoral.

En la misma línea va la advertencia que trata de darle una formulación más exacta a la afirmación aceptada por muchos de que el ver (como si fuera algo completamente neutro, objetivo, "científico") le toca a las ciencias sociales y el juzgar (en el que ya entran los juicios de valor) a la teología. En el mismo ver, en el tipo de sociología, en los métodos que ella usa... hay implícitas muchas afirmaciones de sentido (manera de pensar y de creer) y juicios de valor, aunque sea -de nuevo- de manera tan sólo implícita. Ahí está operando ya algún tipo de teología. Y -de nuevo- es mejor ser conscientes de ello para establecer el diálogo (o la discusión) también en ese nivel.

Por lo demás, es algo que las ciencias sociales ya toman en cuenta de alguna manera. Así, antes de lanzarse a una investigación de campo, tienen el cuidado de establecer su marco teórico y sus hipótesis, que habrán de ser modificadas si la realidad así lo exige.

Con lo expuesto considero que queda claro que todo "ver" como acercamiento a la "realidad" es siempre realizado bajo el influjo de una cierta "doctrina" que lo motiva y orienta.

Por otro lado, tomar a la doctrina como punto de partida, puede ser hecho de dos maneras: o sin apertura a la realidad o con ella. En el primero de los casos sí se da una sustancial diferencia de método respecto al ver-juzgar-actuar; pero en el segundo puede y debe darse una mutua retroalimentación entre la doctrina, su formulación y los desafíos considerados. De ser así puede hablarse de una equivalencia básica de los dos puntos de partida.

Pero si la doctrina se queda cerrada.

Según lo anterior el peligro para una evangelización encarnada se encuentra no en comenzar por una confesión de fe (explicitación de la doctrina), sino en concebirla de una manera cerrada. Peligro, por lo demás, nada remoto. En efecto, podemos afirmar que básicamente de esa manera fue realizada la primera evangelización en nuestro continente. Porque tal era la mentalidad del conjunto de la

Iglesia en el siglo XVI, y así siguió prácticamente hasta el Vaticano II.

Mas es muy importante distinguir entre el método de la primera evangelización en nuestro continente y el de la primera evangelización de la Iglesia primitiva. En efecto, la narración de los Hechos de los Apóstoles nos hace ver la sensibilidad y la flexibilidad de los primeros cristianos ante otras culturas. Más en particular de Pablo quien no sólo percibió la vocación universal de la Iglesia, sino también la necesidad de "inculturar" el evangelio según la diversidad de los pueblos. Pues la pura universalidad puede también ser entendida como la imposición de un mismo esquema de dogma, moral y culto para todos los pueblos sin importar sus diferencias culturales. Y así deseaban hacerlo los judaizantes, con los que principalmente Pablo y también los otros apóstoles tuvieron que enfrentarse.

Y la tentación de los esquemas rígidos, malinterpretando de ese modo la "voluntad de Dios", es permanente para la Iglesia. Para referirnos a la época más reciente, vemos como la etapa postridentina no se libró de caer frecuentemente en ella. Quizá el signo más claro es la imposición de la liturgia en latín tanto en Asia como en Africa y América Latina, que ahora puede parecernos un tanto lejana pero que estuvo vigente durante siglos hasta hace apenas tres décadas. Y tal liturgia era no sólo "voluntad de Dios", sino también timbre de orgullo de la "universalidad" de la Iglesia católica.

Otros dos ejemplos más recientes. Uno tomado de algunos grupos que deseaban actuar directamente en la transformación política de la sociedad. Llevados de su teoría de clases sociales aseguraban que los indígenas eran simplemente campesinos, fundamentalmente iguales a los mestizos, sin que las diferencias culturales -evidentes por lo demás- tuvieran relevancia.

El otro, con referencia al documento de Santo Domingo. Ahí se aborda el desafío del secularismo, que es evidente en el 'primer mundo', pero en América Latina las grandes mayorías siguen siendo muy religiosas. Cierto que también entre nosotros existen sectores sociales con características de ese 'primer mundo', y que es necesario atenderlas; mas concederles un énfasis desproporcionado sería ajeno a nuestra realidad.

Y ese peligro sigue presente en los dogmatismos de diversa índole. Es por tanto trascendental formular una doctrina con fidelidad dinámica al evangelio que por una parte nos oriente en un acercamiento adecuado a la realidad y por otra nos permita las reformulaciones que la misma fidelidad exija.

Una cristología del reino de Dios y su método pastoral.

Los profundos cambios (bíblicos, litúrgicos, morales, pastorales...) iniciados por diversas corrientes al interior de la Iglesia y confirmados autoritativamente por el Vaticano II no son fruto del capricho o de concesiones indebidas en la adaptación al mundo, sino de una más auténtica fidelidad a Dios. En efecto, algunos elementos doctrinales y sacramentales, importantes en sí, habían quedado aislados del conjunto de la vida y del mensaje de Jesús y perdían así su sentido más auténtico.

Una vuelta a los evangelios ha permitido una mejor comprensión de Jesús mismo y también de su relación con Dios su Padre y con la misión que él le confió en vistas a su reinado de justicia y liberación dentro de la misma historia humana. Poniendo de relieve el lugar central de la estrecha relación del amor a Dios con el amor a los hermanos, y asimismo la importancia de la atención a las necesidades vitales de nuestros prójimos. Estos elementos que las palabras mismas de Jesús y más aún el conjunto de su vida nos revelan como fundamentales constituyen el eje de una reestructuración cristológica que no niega otros elementos, pero sí los reubica en una perspectiva más adecuada.

Esta cristología que recupera los rasgos fundamentales del Jesús histórico le da una nueva orientación a la misión de la Iglesia en el servicio del reino de Dios. Y esta nueva orientación exige un método pastoral que toma muy en cuenta los diversos aspectos de la realidad. Este método queda básicamente descrito en GS 4: "Para cumplir esta misión, es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos... Es necesario conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza".

Desde dónde mirar la realidad y determinar los "desafíos".

Pero el auténtico seguimiento de Jesús no únicamente nos advierte que es indispensable conocer la realidad del mundo en que vivimos, también nos indica un 'lugar' para poder hacerlo con espíritu cristiano: desde los pobres. En verdad las cosas se aprecian de modo muy diverso según el lugar desde donde sean miradas.

Así, por ejemplo, la reaparición del cólera constituye para los ricos una amenaza para su bienestar que requiere mayores controles sanitarios, en cambio desde los pobres es un síntoma más dramático de la miseria en la que los tiene sumergidos nuestro sistema económico excluyente. La deuda externa de América Latina es para los países ricos un medio más de enriquecimiento según sus patrones de 'justicia' crediticia y un instrumento para imponer políticas natales, en cambio para nuestros obreros y campesinos significa un salario mínimo paulatinamente asesino.

Este mirar toda la realidad desde ellos es una de las exigencias evangélicas de la opción preferencial (no exclusiva ni excluyente) por los pobres. No se trata de hablarles sólo a ellos, pero sí hablar siempre y a todos desde la situación clamorosa de los más desprotegidos. Es Jesús mismo quien con su vida toda nos enseña esta profunda solidaridad fraterna con "sus hermanos más pequeños".

Así esta perspectiva debe estar presente en la consideración de todos los desafíos a la evangelización, sea que éstos provengan de la proliferación de las sectas, de la economía neoliberal, del proceso de urbanización y secularización, del menosprecio de los derechos humanos, de los modernos medios de comunicación, etc.

Mutua «evangelización» de ortodoxia y ortopraxis (y ortolatría).

La disputa por el método es un nuevo aspecto del enfrentamiento que a veces ha sido planteado entre ortodoxia y ortopraxis. (En todo enfrentamiento, además de las razones expresamente aducidas, suelen mezclarse otro tipo de motivaciones e intereses. Para una consideración más completa sería necesario tomar también eso en cuenta; pero aquí me limito a este nivel de la discusión.) Podemos prolongar las reflexiones anteriores haciendo ver que entre la formulación adecuada de la doctrina y un seguimiento operativo de Jesús no hay oposición sino complementariedad.

Realmente la ortodoxia y la ortopraxis sólo se contraponen cuando son entendidas de una manera inadecuada dándoles un carácter de absoluto que no les corresponde. Absoluto tanto en el sentido de irreformable como en el de desconectado. En cambio, si están abiertas la una a la otra mutuamente se alimentan y corrigen.

Una ortodoxia puramente preocupada por la exactitud de sus formulaciones no constituye una verdadera 'bunea noticia'. No solamente resulta carente de significado para la vida sino también poco comprensible en lo que afirma. En cambio si se abre a los cuestionamientos de la realidad y de la vida, va siendo expresada de un modo más conveniente e ilumina el camino cotidiano y trascendente. Un ejemplo entre muchos. La afirmación del carácter trinitario de Dios deja de ser un acertijo del catecismo para pasar a iluminar el estilo de relaciones que debe haber en toda comunidad humana. (Cfr. Documento de Puebla # 211-219, y más ampliamente el artículo Trinidad en Mysterium Liberationis.)

Igualmente un afán de ortopraxis puede caer en un inmediatismo o un reduccionismo (por ejemplo economicista) no sólo antidivino sino también antihumano. Al contrario, abierta a toda la riqueza del evangelio descubre y toma en cuenta todas las dimensiones de la gracia y de la vida. Así, por ejemplo, las comunidades eclesiales de base han descubierto la necesidad de enriquecer ese mismo método ver-juzgar-actuar con otros momentos según las diversas experiencias. Ahora destaco el de celebrar que desarrolla los aspectos simbólicos y festivos de manera comunitaria.

Este momento del celebrar nos lleva a considerar otro polo de la dialéctica humana también fundamental: la ortolatría. Ultimamente no es tan común hablar de él, y menos con este nombre. Sin embargo sí está presente en la insistencia sobre la importancia de la misa y de los sacramentos en general, y más en particular en cierta contraposición con las diversas prácticas de la "religiosidad popular". También es fundamental para el reinado de Dios y para la vida humana una manera 'correcta' de realizar el culto. Ahora, los criterios evangélicos se refieren no sólo a la ortodoxia sino también a la ortopraxis ("si en el momento de ir a presentar tu ofrenda..."). Igualmente la acción y la doctrina verdaderamente cristianas han de alimentarse de una oración y una celebración adecuadas.

El método pastoral y el "yo confieso" ("yo pecador").

La celebración cristiana no es exclusivamente eucarística (acción de gracias) y festiva, también incluye integralmente una dimensión de arrepentimiento y perdón mutuo. Así se supone que lo reconocemos en el comienzo de cada misa en una oración que corre el grave peligro de quedar en mera rutina y que sin embargo debe expresar una actitud profunda y sincera.

Este reconocer que somos pecadores y que necesitamos ser perdonados constituye igualmente un requisito para el adecuado funcionamiento del método pastoral, sea que comience por la confesión doctrinal o por el examen de la realidad. De lo contrario cabe sospechar que en vez de guiarnos por la auténtica revelación de Jesús o por los signos de los tiempos que nos interpelan en nombre de Dios y de sus preferidos, estemos mezclando nuestras opiniones o intereses egoístas, personales o de grupo.

Y este reconocimiento sincero es algo generalmente ausente en los documentos de los diversos grupos eclesiales. Cuando por otra parte sería de esperar al sentir cuán lejos nos encontramos de las exigencias tan delicadas del seguimiento de Jesús. Por una parte no podemos admitir rebajas en esas exigencias por la fidelidad debida tanto a nuestro Padre como a su pueblo; mas por otra no seremos creíbles si no admitimos nuestras fallas reales en la búsqueda de ese ideal que sinceramente anhelamos. Muchas veces pensamos, sobre todo de manera institucional, que es mejor ocultar las fallas que admitirlas. No acabamos de creer en la práctica que "la verdad nos hará libres". ¡Afortunadamente el documento de Santo Domingo se animó a pedir perdón a los indígenas y a los negros!

Que el Espíritu de Jesús nos impulse siempre y nos lleve a poner nuestros métodos al servicio de la vida de su pueblo. •